

Francia Ante la Encrucijada Latinoamericana*

"... Una relación entre Estados no puede ser durable ni fecunda sino cuando se basa en el interés común..."

SE admite generalmente que los países latinoamericanos son países subdesarrollados, y que esa es la causa de sus problemas. Será necesario tener una idea más clara acerca de lo que es un país subdesarrollado. Según la prensa francesa ciertos departamentos de Francia son regiones subdesarrolladas. Es posible que lo sean si esto se entiende en el sentido de que han alcanzado un desenvolvimiento menor que los otros. Tratándose de América Latina, parece indudablemente más justificado afirmar que el conjunto conocido con ese nombre se ha desarrollado anárquicamente, siendo explosiva por sí misma la yuxtaposición de situaciones contrastantes, y hallándose por otra parte grandes zonas en un nivel peligrosamente bajo y amenazadas de hundirse aún más. Este estado de cosas suscita un sentimiento recientemente aparecido en las comunidades en mejor situación: el de la solidaridad humana, que entraña obligaciones morales de ayuda mutua. En la medida en que los países aludidos han sido socavados a su vez —partiendo de las insostenibles condiciones prevalecientes— por la propaganda subversiva, parece justificarse una cierta medida de autoprotección.

La solidaridad humana se traduce normalmente en contribuciones a los fondos internacionales destinados a diversas formas de asistencia multilateral. Pero esto son limosnas a la iglesia. Las actividades resultantes provocan tal vez cierta irritación. No le place a un brasileño tratar con un agen-

* En las presentes páginas se reproduce la parte final del capítulo correspondiente a América Latina del informe sobre "La Política de Cooperación con los Países en Vías de Desarrollo" presentado por la Comisión de Estudio instituida por el gobierno francés en marzo de 1963.

te internacional chileno ni a un venezolano ser controlado por un paraguayo. Teóricamente, la internacionalización de la ayuda parece la mejor solución puesto que la despolitiza, y permite una mejor elección de los expertos. En la práctica, los norteamericanos resultan más satisfechos que los demás porque su participación mayoritaria les garantiza una representación efectiva —o más bien, determinante— en todos los niveles. La práctica no coincidirá con la teoría sino cuando todos los participantes —y en primer lugar Estados Unidos y la Unión Soviética— reúnan en un fondo común la totalidad de los recursos que cada uno de ellos consagra a la asistencia. Esta decisión parece poco probable para un porvenir cercano.

A falta de una transformación semejante, el problema a manejar es de índole política. Se trata, por lo tanto, de saber si un país como Francia puede —en el plano político— comprometerse útilmente en un esfuerzo que no sea de expansión nacional, y —en caso de que la respuesta sea afirmativa— de decidir las formas y métodos apropiados para ese fin. La respuesta para la primera interrogación es positiva. He aquí las razones: de las observaciones hechas se desprende que la motivación esencial del fracaso norteamericano no radica en la insuficiencia de los recursos consagrados a la tarea, sino en el ambiente desfavorable en medio del cual se intenta la empresa. Este ambiente desfavorable mantiene el sentimiento de claustrofobia que experimentan los latinoamericanos, estrechamente encerrados en sus relaciones bilaterales con los EUA. Es necesario abrir puertas y ventanas y hacer entrar un poco de aire fresco. Ello conduce a dos constataciones.

En primer lugar, es claro que la contribución de Europa —o las contribuciones europeas— a la Alianza para el Progreso no equivaldrían al correctivo requerido. Creerlo sería confundir el nuevo aporte con la antigua contribución, la cual seguirá siendo preponderante. El apoyo europeo perdería sus virtudes propias, añadiéndose simplemente a las disponibilidades, lo cual —como se ha observado ya— no bastaría para responder a las necesidades existentes.

En segundo lugar, aunque las aportaciones particulares de los diversos países europeos traducen eficazmente una presencia activa, ninguna de ellas puede ser suficiente para hacer contrapeso a la aportación norteamericana. Para que la relación bilateral entre el Hemisferio Norte y el Hemisferio Sur adopte la forma de un sistema triangular, será necesario que Europa se manifieste en tanto que comunidad. El sólo hecho de esa manifestación tiene una importancia política mayor que la de la cuantía o las modalidades de la ayuda, pues es precisamente de política de lo que se trata en este caso. Hay que entender que conviene evitar todo lo que pueda dar a esa intervención un aspecto de empresa antinorteamericana o de rivalidad entre Europa y Estados Unidos. La ayuda norteamericana es irremplazable: para Europa se trata solamente de actuar de manera que su ayuda sea mejor aceptada y, por lo tanto, políticamente más eficaz, complementando la norteamericana en cuanto sea necesario en ciertos puntos particulares.

Si Francia intenta interesarse en América Latina en mayor medida de lo que se interesa actualmente, sería muy provechoso que se empeñara en convencer a sus asociados del Mercado Común sobre la oportunidad de una toma de posición comunitaria. Deberá tratarse —para alcanzar el efecto deseado— no de una cooperación común destinada a evitar la competencia entre los Seis, a unificar su participación en casos específicos o a armonizar los términos financieros de las operaciones realizadas a título individual, sino más bien de constituir un organismo de intervención común que sea reconocido públicamente, al cual puedan dirigirse los estados y que esté facultado para elaborar los programas necesarios. Viene naturalmente al pensamiento el precedente que suponen los fondos de inversión.

En el ámbito propiamente francés, pueden hacerse muchas otras cosas. El primer problema es un fenómeno cuyo efecto catastrófico ha sido señalado aquí anteriormente: la depreciación de las materias primas. El gobierno francés ha presentado en numerosas ocasiones propuestas para la estabilización de los precios mundiales. Nada puede ser tan ventajoso para los países latinoamericanos. Sin embargo, parecen desconocer la tesis de la que los Estados Unidos les desvían. Debe realizarse un esfuerzo para elaborar esa tesis y para hacerla conocer en América Latina y garantizarle un apoyo que la haga prevalecer. Pero ya en la actualidad Francia realiza en esa parte del mundo una acción no despreciable. A grandes rasgos esa acción se manifiesta en la expansión industrial y comercial, en la expansión cultural, en la formación de cuadros —entendida en un amplio sentido— y en el envío de expertos. Como puede verse claramente, los dos primeros aspectos representan —en efecto— un movimiento de expansión, mientras que los otros dos son formas de ayuda. Pero del mismo modo que no existe la incompatibilidad entre una acción comunitaria europea y la realización de una actividad particular y nacional, la expansión y la asistencia no deben considerarse excluyentemente sino combinarse. De hecho la actividad cultural es a la vez una manera de expansión y un proceso de formación de cuadros. En cuanto a la acción económica y comercial, puede dirigirse de modo que se tenga en cuenta no sólo las necesidades francesas, sino también las exigencias locales. La dirección que se dé a los seguros de crédito bastaría, al parecer, para orientar las inversiones privadas hacia el servicio del interés general. Para hacerlo es suficiente con establecer un programa. La anterior observación se aplica tanto a la ayuda prestada a título nacional, como a la intervención comunitaria.

Lo que, por el contrario, caracteriza hasta el momento actual nuestra actividad en América del Sur, es su empirismo. Hemos respondido a las demandas que se nos han hecho en diversos campos cuando tal era nuestro interés, y esto en la medida de nuestros medios disponibles. Nuestros programas anuales no son sino una revista de los asuntos en curso, a los cuales se añaden otros nuevos en los que nos comprometemos con igual empirismo. Los resultados obtenidos son importantes, pero no se inscriben en el marco de un plan

o programa. En ausencia de una arquitectura que les dé un sentido definido no tienen —por lo que se refiere a las corrientes de opinión locales— el valor político de una toma de posición. No es por ello menos cierto que la sustancia de nuestra intervención existe, que si deseamos afirmarla aún más debemos empezar por ordenar esta sustancia de acuerdo con un análisis atento de la situación, y que toda intervención nueva encontrará un punto de apoyo en sus realizaciones anteriores. Todo trabajo debe por lo tanto iniciarse por el análisis de la situación que se va a atacar, el inventario de los elementos de nuestra propia acción ya existentes, y el reajuste de esos elementos, tomando en cuenta las conclusiones de ese análisis. Esta tarea debe realizarse país por país, bajo el supuesto de que de esos exámenes particulares pueden desprenderse vías y prácticas generales aplicables al grupo de países latinoamericanos en conjunto o a alguna de las regiones pertenecientes a ese grupo. En toda elaboración de un programa francés deben ponderarse por otra parte, ciertas consideraciones. Antes de dirigirse a la América Latina es conveniente considerar que esa parte del mundo no es ya lo que fue hace 40 años, y que Francia ya no representa para los latinoamericanos lo que representaba entonces. La idea que los franceses tienen generalmente de los habitantes transatlánticos del hemisferio sur es la de personas amables y afortunadas que vienen a gustar de los placeres de la vida parisense, y otras personas —menos afortunadas, pero amables también— que, enamoradas de la cultura, beben en nuestras fuentes. Y lo anterior no era falso: las élites de los más diversos tipos se volvían hacia Francia, la madre de las artes, de las armas y de las leyes; estimaban nuestra agilidad de espíritu, nuestro liberalismo, hablaban francés; y esas élites constituían las clases dirigentes de sus países.

Los años han pasado desde entonces y con ellos vino la guerra, la posguerra, el crecimiento de la América del Norte y —en algunos de los países considerados— profundas transformaciones económicas y sociales. Quienes nos conocían han envejecido. Quienes les suceden han sido permeados por la propaganda norteamericana que les ha hecho apartar la vista de una Europa —Francia incluida— presentada como decadente hasta el punto de no contar ya en los asuntos del mundo. Las clases directoras se ven amenazadas por la marea ascendente de los no privilegiados. Aquellos con quienes deberá tratarse en lo sucesivo son gente de otro tipo, sin cultura ni apetito de cultura, desconocedores del extranjero y carentes de simpatía por el extranjero: en realidad, xenófobos que apuntan ese sentimiento contra los omnipresentes norteamericanos, orientados pese a ello hacia las técnicas y prácticas estadounidenses puesto que las ven utilizar por todos y han sido acondicionados para considerarlas como las únicas válidas. Es evidente que si Francia quiere entrar en contacto con esos nuevos estratos a un nivel que no sea artesanal, debe esforzarse desde un principio en crearles una imagen moderna de sí misma que —sin renegar de la Plaza Vendome, de Molière, de Víctor Hugo y de Augusto Comte— deje lugar a las realizaciones francesas de posguerra. Ese esfuerzo ha sido iniciado. Es necesario proseguirlo y ampliarlo.

Conviene evaluar las realizaciones existentes en el contexto de los nuevos programas. Aquellas realizaciones que se han logrado en el ramo industrial con la cobertura del seguro de crédito, se localizan en países y regiones escasos pero importantes. No hay lugar a avergonzarse. Esos establecimientos han contribuido y contribuyen a la diversificación de las economías de los países en que se encuentran localizados, absorbiendo e instruyendo mano de obra y cuadros directivos. No han emprendido la explotación de los recursos naturales del país (lo que ha expuesto a las compañías norteamericanas a ciertos ataques). Ciertamente es indispensable reservar en todas las previsiones futuras un lugar al capital privado, en el entendimiento de que las garantías solicitadas podrán acordarse de acuerdo con los nuevos criterios, que no son exclusivamente mercantiles. Si se precisa un ejemplo, diremos que tratándose de Brasil sería sin duda mejor dar una garantía para la puesta en producción del Valle del Jaquaribo que para la construcción del metro de Río de Janeiro.

En cuanto a la asistencia técnica, la actividad de Francia se manifiesta por el otorgamiento de numerosas becas de estudio y por el envío de expertos. El otorgamiento de becas es una forma muy útil en la formación de cuadros —sea con una misión técnica o cultural— de los que tan notoriamente carecen las naciones latinoamericanas, no encontrándose en condiciones de formarlos. Los efectos de esa labor no son inmediatos ni espectaculares. No por ello es menos acertada, y debe ser proseguida con el propósito de adaptar sus actuales

condiciones a las necesidades de los beneficiarios y de igualar —cuando sea necesario— las ofrecidas por otros países europeos. El envío de expertos es igualmente provechoso, y sus repercusiones pueden manifestarse más rápida y más largamente, en la medida en que las misiones francesas precedan a la realización de trabajos de transformación que afecten las condiciones de vida de las poblaciones. Las disponibilidades francesas no son ilimitadas e importa elegir con cuidado el objetivo de esas misiones, y proseguir aquéllas que interesen a nuestros técnicos y que se encuadren en un programa de conjunto. La existencia en algunos países de programas aprobados por el Banco Mundial y por los sabios de la Alianza para el Progreso representa, a ese respecto, una ventaja. Si bien esos planes no constituyen unidades integradas que se adecúen a nuestras concepciones europeas, son al menos proyectos aprobados por las instancias competentes. Es conveniente que los equipos de expertos, cuyo trabajo se verá de este modo racionalizado, sean dotados de un estatuto reconocido por las autoridades que les empleen, cuestión que es materia de los acuerdos de cooperación. Será cada vez más necesario —en fin— hacer ver que el esfuerzo francés no finalizará sino cuando un estudio haya concluido.

No es Francia el único país que proporciona expertos. Los norteamericanos, a su vez, los ofrecen, y hacen todos los gastos necesarios. Los alemanes, los italianos, los israelíes, los envían en condiciones análogas a las nuestras. Pero lo hacen con una intención de expansión económica más que de asistencia técnica, lo que equivale a decir que para ellos se trata de asegurar simplemente mercados y proveedores. La práctica francesa es otra: se traduce en el servicio que presta la materia gris —so dice al otro lado del Atlántico— y nada más. Esta es sin duda una prueba de desinterés que puede producir buenos efectos, pero dado que en los países en cuestión las manifestaciones de ese sentimiento no entrañan necesariamente una convicción, es preciso admitir que, en tratándose de asistencia, los más admirables estudios no son muy útiles si las autoridades para las que se realizan no disponen de los medios necesarios para proseguirlos. Como es sabido, ése es generalmente el caso. La ayuda, incluso cuando se limita a la realización de ciertos estudios, es ya una empresa de expansión nacional puesto que se refleja en la puesta en práctica —además de la difusión— de técnicas nacionales. Lo que sirve para la creación de economías equilibradas no son sin embargo esos trabajos por sí solos, sino su realización subsecuente. La asistencia técnica debe, para ser eficaz, ser seguida por la ayuda financiera. Esta ayuda financiera puede ser de dos tipos. En primer lugar puede tomar la forma de apoyo a las empresas privadas. En segundo lugar puede adoptar el aspecto de un financiamiento gubernamental, forma esta última que el gobierno francés no ha utilizado hasta ahora sino en África. Queda planteada la cuestión de saber si tratándose de obras no rentables pero de un interés fundamental para el país beneficiario podría extenderse a otras regiones esa manera de operar.

Queda por analizar el esfuerzo cultural. Este es considerable, y debe serlo en la medida en que la clientela lingüística francesa ha disminuído notablemente durante la guerra y la posguerra, tanto más por cuanto Francia, a diferencia de Alemania e Italia, no cuenta en América Latina con grandes colonias que apoyen toda empresa, como las que pueden apoyar toda empresa alemana o italiana especialmente por lo que concierne al idioma. El correspondiente esfuerzo francés debe situarse al nivel de la formación de cuadros y difusión de técnicas. El francés es, en efecto, el medio de aproximación y el vehículo de esas técnicas, así como una forma de cultura de la que no puede quedar privado todo el continente. Pero para satisfacer las necesidades reales de un público que manifiesta un interés renovado acerca de lo que Francia puede ofrecer, es indispensable dar resueltamente el paso a lo útil en el campo de la actividad cultural y dirigirse menos a las élites que a las masas. Es oportuno señalar aquí que los resultados de esa actividad dependerán en amplia medida del carácter y el éxito de nuestras empresas en otros dominios.

Definida así la orientación de conjunto, deben evitarse cuidadosamente ciertos errores en la presentación y en la práctica.

Se han mencionado ya los graves inconvenientes que para la causa Occidental considerada como un todo supondría una actitud crítica en relación con EUA. Bien sea que se trate de una eventual acción comunitaria europea o de la racionalización y el reforzamiento de la actividad francesa por sí

sola, la empresa se verá beneficiada por el hecho de no ser norteamericana, pero ni Europa ni Francia deben buscar su predominio. Lo anterior no obliga ni a Francia ni a Europa a repetir los errores norteamericanos. Será sumamente importante subrayar en las ocasiones más oportunas que ni Europa ni Francia se proponen intervenir en modo alguno en la política interior de los estados, y que ambas se lo vedan a sí mismas. Deberá tenerse también el máximo de discreción por lo que respecta a los métodos de las administraciones locales. Las presiones exteriores son ineficaces a la vez que dan motivo a resentimientos: bastará con indicar en casos particulares las condiciones en las cuales tal o cual tarea, cuya realización sea solicitada a Francia, pueda ser efectivamente tomada por ésta a su cargo. Por lo demás, no deberán darse consejos sino a petición expresa.

La totalidad del programa de asistencia puede ser —en fin— provechosamente amparado bajo el principio de solidaridad. De las observaciones realizadas se deduce que ese término —poco utilizado hasta ahora— es acogido con simpatía. Por lo demás, corresponde a la esencia del sentimiento francés en esa materia, y permite evitar esa impresión irritante de diferencia de niveles que peligró suscitarse con el establecimiento de relaciones entre los otorgantes y los recipiendarios de la ayuda.

Indudablemente que de una revisión tan rápida como la aquí intentada no pueden derivarse sino consideraciones y conclusiones de orden muy general.

El primer aspecto a constatar es el de la magnitud de la ayuda. Es evidente, en efecto, que si Francia desarrolla un inmenso esfuerzo para —digamos— sesenta millones de hombres, el que consagra al resto de la humanidad es comparativamente insignificante. Es asimismo evidente que es la única de las potencias que habiendo descolonizado un imperio ha dedicado tan grandes esfuerzos y recursos en favor de los pueblos a los que dio la independencia. La comparación con la línea de conducta británica es a ese respecto particularmente convincente. Parece claro, en fin, que no sería imposible para Francia ampliar al mundo entero —o a ciertas porciones del mundo— el tipo de asistencia que proporciona al África Negra o al África del Norte. Sin embargo, es también perfectamente evidente que no se repetirán con otras regiones del mundo las razones que le han conducido a tratar con muy especial generosidad a ciertos países africanos: esas razones radican en las responsabilidades particulares que habíamos asumido en el pasado en relación con esos países, siendo la última de tales responsabilidades la de descolonizarlos verdaderamente. El interés que ponemos en los problemas en otros países es de distinta especie. Así, por ejemplo, no somos nosotros solos quienes nos interesamos en el destino de esas otras naciones: el papel de animador principal que desempeñamos en ciertas zonas del continente africano puede ser reivindicado legítimamente en regiones distintas por otros países. Por lo que concierne a Francia, la ayuda prestada a varios países de África es —en virtud de esas razones— no solamente de muy distinta amplitud sino también de contenido diverso a la que puede dar a otras regiones. La asistencia francesa en el resto del mundo es débil, empírica, y escasamente coordinada en consecuencia. Si se decide darle una mejor ordenación, no será para diluir la que proporcionamos a África. Será cuestión simplemente, de liberar —independientemente de los compromisos africanos— los medios suficientes para desarrollar los programas que puedan aplicarse con método y continuidad en función de objetivos regionales y locales que habrá que definir. Es este un mundo por descubrir, del que Francia no está ausente. Los elementos del análisis y de la síntesis están a nuestra disposición, pero esas dos operaciones serían vanas si el trabajo hubiere de continuarse en las actuales condiciones de modestia y precariedad. Los recursos actualmente disponibles son en verdad tan modestos que no parece que su acrecentamiento, aunque fuese de alguna importancia, pudiera afectar sensiblemente el volumen o el equilibrio de los créditos reservados para otros fines.

Para entender mejor a qué puede aspirar una política francesa de cooperación aplicada a los países del mundo que no hayan pertenecido a la comunidad francesa, conviene recordar los orígenes de la práctica de la asistencia exterior. Esa práctica no nació de la descolonización: su origen fue el plan Marshall, el cual no estaba destinado a los imperios de entonces, sino más bien a las metrópolis destruídas por la guerra. Fue para reparar esa destrucción y volver a poner en pie a los países europeos que el gobierno norteamericano

ofreció su ayuda a toda Europa, incluyendo a Rusia. Su inspiración no era mercantil, pues se trataba de una manifestación de solidaridad humana. Era más bien una iniciativa destinada a restablecer la normalidad en el mundo, de modo que no fuera Estados Unidos exclusivamente quien dispusiera de la riqueza y de los bienes. Posteriormente, la ayuda norteamericana se extendió a diversos países de Asia y de América Latina bajo una forma menos organizada, debido a que las circunstancias no eran propicias a la sistematización. Pero su inspiración era la misma. Los programas de ayuda no fueron politizados sino en un segundo tiempo y por reacción. Fue el Sr. Molotov quien al renunciar a los beneficios del Plan Marshall hizo que toda la actividad subsecuente deviniera exclusivamente occidental, no sirviendo sino a los países opuestos a las directivas políticas soviéticas. Es la actitud soviética, manifiesta sobre todo en Egipto a raíz del rechazo de los créditos norteamericanos para la construcción de la presa de Assuan y planteada en otros lugares como una competencia entre su ayuda y la de Washington, la que ha dado un sentido político a la ayuda norteamericana. Ha sucedido lo mismo en América Latina, donde la asistencia norteamericana fue combatida por la propaganda de inspiración rusa, la cual sostenía diversas empresas de subversión.

Si la ayuda norteamericana ha hecho acto de presencia en países recientemente descolonizados, como India, la razón no ha sido esa descolonización sino la miseria hindú, y posiblemente también la retirada británica. Pero correspondía a Francia concebir y practicar una cooperación como la que ha prestado a los estados que han pertenecido a la comunidad francesa. Hay muchos países en los que EUA se conduce paternalmente. No cabe duda de que su acción en esos países es igual a la de Francia en los estados pertenecientes a la comunidad francesa. En realidad, como quedó claro en Punta del Este, el prototipo de la ayuda norteamericana continúa siendo el Plan Marshall tal como fue puesto en práctica en el cuadro de la OCEE.

La ayuda rusa responde como lo hemos visto a propósitos no mercantiles, sino indudablemente políticos. La británica tiene mayores matices, y se manifiesta a la vez en la cooperación propiamente dicha y en un esfuerzo de expansión nacional prudentemente conducido. La alemana, bajo la forma de ayuda técnica, sigue una política de expansión económica. No sucede lo mismo con Italia o con Japón, que observan los métodos clásicos, a los que se añade en algunos países —como los de América del Sur— el aporte de una corriente migratoria. El caso de Israel es excepcional: este país enormemente activo, de exiguas dimensiones, amenazado por todos sus vecinos, se preocupa sin embargo por buscar salidas y construir y desarrollar en el extranjero estructuras que puedan reforzarlo.

La ayuda francesa es compleja. No hay aquí lugar a referirnos a su carácter en los países privilegiados de África, donde responde a los imperativos a que hemos aludido antes. En cuanto a la asistencia francesa en otras regiones, después de la guerra han apuntado dos tendencias. La primera es la de permitir a los países en vías de desarrollo aprovechar la experiencia de nuestros expertos y la calidad de nuestras técnicas, tendencia que se manifiesta en la llamada exportación de materia gris —llevada a cabo también bajo programas multilaterales en los que Francia participa. La otra es de naturaleza propiamente económica. La economía francesa, en efecto, no experimentaba hasta hace poco necesidades de expansión muy pronunciadas, del mismo modo que no las experimentaban las economías alemana e italiana, pues disponían de mercados privilegiados en todas las zonas de sus imperios. Esa situación se ha modificado en el curso de los últimos años tanto por lo que concierne a la expansión como por lo

que se refiere a los mercados. En vista de ese hecho, Francia despliega en el mundo una actividad mixta, desarrollando paralelamente a la asistencia técnica una ayuda económica en la que se emplean capitales privados generalmente protegidos por el seguro de crédito.

Una política francesa coordinada debe desarrollarse en todos los aspectos, recurriendo a la cooperación bilateral, a la cooperación multilateral regional —de la índole que correspondería, una intervención comunitaria europea— y, finalmente, al multilateralismo que se practica en el marco de las organizaciones internacionales. Hay espacio para todo esto, y es posible imaginar una distribución de las competencias de modo que —por ejemplo— el desenvolvimiento de una industria específica sea de orden bilateral, la explotación de una riqueza nacional del país beneficiario de la ayuda corresponda a un grupo regional, y la creación de las economías básicas —tareas tales como la construcción de caminos, de escuelas y de grupos habitacionales— quede a cargo de los grandes organismos internacionales. Cualesquiera que sean las actividades en cuestión, el papel que Francia desempeñará no deberá limitarse de ningún modo a las inversiones privadas. Por el contrario —y como se ha observado aquí sobre todo respecto a ciertos países y regiones, las dos deben ser combinadas. El conjunto debe tomar plenamente en cuenta el plan nacional del país beneficiario de la ayuda, en caso de que tal documento exista, o bien sujetarse a un programa francés elaborado de acuerdo con las necesidades inmediatas y a más largo plazo del país en cuestión. Tales necesidades son generalmente conocidas.

En realidad, no hay programa que pueda realizarse sin una aportación substancial. Mientras más escasos son los fondos arriesgados en una operación de ayuda, mayor es el riesgo de una dispersión ineficaz. Los lineamientos aquí sugeridos suponen una voluntad real de intervención que se traduzca en la asignación de créditos y facilidades adecuados.

Es conveniente, en fin, tener presente que una relación entre estados no puede ser durable ni fecunda sino cuando se basa en el interés común.

Antes de desplegar una ayuda francesa ampliada en el mundo, importa definir claramente los principios a que ha de obedecer. Esos principios no son políticos, o al menos no vienen a serlo sino en segundo grado. Derivan de la adhesión fundamental de Francia a las libertades humanas, lo mismo por lo que se refiere a las personas que a la independencia de los estados. La acción solidaria francesa respecto de los pueblos que atraviesan momentos difíciles tiene como fin esencial evitar que esos problemas priven a las naciones de la libertad de elección que es su derecho fundamental. Y no hay que perder de vista que esa libertad de elección no se consuma en un solo acto, sino que tiene que realizarse a cada instante.

Siendo así, es evidente que la ayuda no puede tender a la creación, al desenvolvimiento o al mantenimiento de una relación permanente entre países otorgantes de la ayuda y países beneficiarios de la misma, sino que debe conducir al beneficiario hasta el punto en que este tipo de relación no le será ya indispensable.

Es en ese punto en el que llega a ser posible para una y otra partes la estimación objetiva del interés que representa tal o cual forma de desarrollo.

En realidad, las cosas no suceden en la práctica en un orden riguroso. Baste con que las ideas muy simples aquí expuestas no sean jamás perdidas de vista en el curso de las operaciones.